

# Desbrozando la 'couvade'

por J. IMBELLONI

Cuando una incógnita ha permanecido durante un período excesivamente largo en el tapete de las discusiones, no sólo en etnografía, sino también en cualquier otra disciplina que se cultiva en el dominio de la ciencia, el efecto más sensible es la acumulación de una masa de explicaciones, intuiciones e hipótesis tan abigarrada, que de tiempo en tiempo se advierte la necesidad de un proceso y una selección crítica, de un 'desbroce'. La *couvade* es, justamente, uno de estos temas cuya larga vida e intrincado historial —sin desmedro de las reales obscuridades que ocultan su esencia— ha permitido que florezcan a su alrededor las opiniones más contradictorias.

Lejos de pretender que nuestra intervención tenga el apetecido resultado de proyectar lumbre definitiva, no podemos, sin embargo, sustraernos al deber de ordenar y desbrozar un panorama tan confuso, habiendo llegado a convencernos de que gran parte de las dificultades manan —en lo que respecta a las épocas pasadas— de la insegura conciencia de lo que realmente es la Humanidad en su conjunto, y —en lo que atañe a los tiempos recientes— de la escasa educación de cientos de escritores en materia de metodología de las ciencias de la cultura.

Estamos acostumbrados a ver en la mayor parte de los tratados de toda materia —particularmente en las tesis para aspirar al grado universitario— largas listas de autores puestos allí en fila para que cada uno manifieste su opinión, casi siempre sin orden lógico y en recíproca repugnancia de conceptos; de esas páginas farragosas no es posible esperar otra enseñanza fuera de la visión de la fantástica volubilidad y dispersión del pensamiento. En el asunto que tratamos este sistema ha sido repetido *ad nauseam*. Por su parte *desbroce* responde perfectamente por su concepto a la imagen de lo que la señorita Carluci acaba de comparar a *una selva inculta y desordenada*.

El medio que de manera más eficaz y espontánea nos ha de colocar en la ambicionada condición de poner orden en un panorama tan confuso, es la perspectiva histórica. Si, manteniendo tal orientación, pasamos revista a las fuentes para el estudio de la *couvade*, lograremos con facilidad la certidumbre que en esa larga serie de siglos es dable distinguir la sucesión de varios paquetes de piezas bibliográficas, cada uno de ellos caracterizado por modalidades definidas, especialmente en lo que concierne al método.

1. - El primero de estos paquetes es el que reúne a los autores de la antigüedad grecorromana: el egipcio helenizante Apolonio, llamado Rodio por su postrer retiro en la isla egea, quien, en el III siglo ante la Era, nos describe la *couvade* entre los Tibarenios, antiguo pueblo de la pendiente montañosa que baja al Mar Negro en su orilla sud-oriental; el romano Gayo Valerio Flacco que, en el siglo I ante la Era, reelabora la descripción de Apolonio; el geógrafo helenista Estrabón, que, hacia el final de ese mismo siglo, refiere la presencia del puerperio masculino entre los Celtíberos de la España septentrional, los habitantes de Tracia y los Escitas de la Ucrania oriental; el historiador Diodoro de Sicilia que, durante el reinado de Augusto, describe la *couvade* entre los habitantes de Córcega.

Carácter de este primer núcleo de fuentes es que el escritor se limita a dar noticia de la práctica, aun considerándola anormal. El hecho que no intente esbozar explicación alguna no puede sorprendernos, ya que en esa primera época resultaba del todo natural que los pueblos lejanos se distinguieran por ideas y costumbres diferentes de las que eran comunes dentro de las poblaciones que la organización mediterránea había aculturado a un mismo sistema de vivir y pensar. Quedaban, sí, más allá de la frontera de ese mundo en gran medida unificado, pueblos que mantenían sus extrañas y 'bárbaras' costumbres, e igualmente quedaban en algunos puntos apartados del propio imperio pequeñas ínsulas conservadoras de más remotas formas de vivir social; mas nada chocante había en ello, y los geógrafos, al par que los poetas épicos, se complacían en exponer ante el público culto esas excentricidades. Tampoco tenemos nosotros el derecho de criticar ese modo de ver de los antiguos, particularmente si se tiene en cuenta que las tres cuartas partes de la literatura más reciente de la *couvade* muestran estar impulsadas por la maravilla y el deleite de dar a conocer al profano una singularidad propia de tribus lejanas y pintorescas.

2. - ¿En qué época se formularon las primeras tentativas de interpretación de la *couvade*? Después de escudriñar todas las fuentes, me veo autorizado a enunciar, no sin mi propia sorpresa, que la explicación de fecha más antigua la encontramos en la Edad Media, en la prosa del celebrado viajero veneciano que por primera vez calcó el suelo de los estados del Asia sudoriental. Corre el último tercio del siglo XIII, y Marco Polo dicta en las cárceles genovesas, donde yacía prisionero, la narración de las cosas inusitadas que ha observado en la provincia del Yunnan occidental, en las mismas puertas de la Gran China: “Y cuando alguna mujer ha parido el niño, el marido se acuesta y queda en la cama cuarenta días, y lava el nacido y lo cuida; y esto lo hacen porque dicen que la mujer ha soportado largas penas llevándolo durante la gestación, y quieren que ahora descanse; todos los amigos vienen a visitarlo en la cama y hacen con él grandes fiestas y la mujer se levanta de la misma y hace los menesteres de la casa, y sirve al marido acostado” (*Il Melione*, capítulo CIV).

Aprendemos por este documento que la primera tentativa de interpretar la *couvade* recorrió el idéntico camino que se ha seguido al intentar por primera vez la explicación de muchas otras ‘singularidades’ y ‘extrañezas’ reveladas por el progresivo conocimiento de los pueblos de la tierra, esto es, la encuesta entre los mismos hombres que las practican, en el propio terreno de la observación. No cuesta trabajo entender por cuál mecanismo psicológico se engendra la ilusión de develar la verdad preguntando al indígena, y en otro de mis escritos he examinado minuciosamente en qué consiste el engaño de tales encuestas. Analizando la búsqueda de los fines que en muchos pueblos produjeron el uso de deformar artificialmente la cabeza del neonato, hemos averiguado que las contestaciones de los indígenas invocan explicaciones disímiles de un lugar a otro y a veces dentro de un mismo pueblo o tribu. Aun admitiendo que las costumbres naciesen en todos los casos de un propósito planeado, la experiencia nos enseña que el motivo original se halla olvidado, y las teorías explicativas se construyen siempre *a posteriori*, al modo de ideaciones etiológicas.

La precoz aventura asiática fué —como es sabido— el preámbulo de la gran aventura americana. De América, durante la segunda fase del reconocimiento de las tribus indígenas, llegaron a Europa las nuevas informaciones sobre la *couvade*, debidas a Rochefort (1665) y Du Tertre (1671), ambos precedidos por el inquieto Thévet (1575) y referidas a los Caribe de las Antillas. Fueron las descripciones más

detalladas de esa costumbre, y las primeras de una serie de referencias a los pueblos lingüísticamente sudamericanos, cuya amplitud estaba destinada a tener bien pronto un crecimiento inesperado. Este grupo de fuentes mantiene las características del tiempo clásico: se habla de un rasgo *sauvage et ridicule, una vraie folie*, mas sin que figure interpretación alguna, fuera de ligeras menciones a la persuasión de los indígenas de obrar en beneficio del neonato.

3. - Entre los religiosos católicos del segundo período de evangelización de las Indias, encontramos al Padre Lafitau (1724, vol. I, pág. 257) quien ve en la *couvade* un efecto del recuerdo que conservan los hombres, del pecado original. Más destacado interés reviste la descripción de otro jesuíta, Padre Dobrizhoffer (1784) quien observó esta costumbre durante su larga estada en el Chaco Santiagueño (Argentina) viviendo en contacto con el pueblo Abipón.

La unidad del relato de Dobrizhoffer es sólo aparente, y es menester diferenciar dos secciones, no ya en relación a una pretendida divisibilidad del acto que se narra, o a las condiciones de lugar, tribu y personaje, sino al distinto tratamiento usado por el autor con referencia a sus dos aspectos. Cuando se trata del puerperio masculino, Dobrizhoffer se limita a expresar enfáticamente su extrañeza: "Había oído hablar de esta costumbre, pero me había burlado de ella como de mera invención, incapaz de pensar en la realidad de tal locura; y sin embargo la he visto con mis ojos entre los Abipones". Cuando, en cambio, relata que durante cierta visita oficial el cacique Malakín rehusó aspirar el rapé que ceremoniosamente le ofrecía el vicegobernador del Tucumán, el español Barreda, aduciendo que el día anterior su mujer había parido un varoncito, Dobrizhoffer se apresura a referir la contestación del indígena: "¿Por qué razón debo con mi estornudo atraer un daño sobre mi pequeño?" Malakín se retiró en seguida a su choza, para evitar que alguna desgracia sucediera a su tierno hijo, y el jesuíta agrega que ello era debido a la creencia que la conducta desmedida del padre ejerciese influencia en el hijo, por la natural relación y 'simpatía' que existe entre ambos. Es así —agrega— que "cuando la criatura tiene un fin prematuro, la muerte es atribuída por las mujeres en forma total a la incontinencia paterna, ya por no haberse abstenido del vino de miel o por haber sobrecargado el estómago con carne de carpincho, ya por haber cruzado a nado el río mientras soplabá un viento frío, por haberse olvidado de afeitarse las cejas, o devorado miel subterránea, o cabalgado

hasta cansarse y transpirar. Con estas tontas acusaciones las mujeres maldicen al padre, inculpándole de la muerte de la criatura” (1784, pág. 231)

Todo en esta página de Dobrizhoffer es digno de atención, y en ella vemos reflejadas muchas direcciones especulativas que en la literatura de la *couvade* ocuparían amplio desarrollo. Por una parte el religioso austríaco advierte ciertamente (aunque sin explícita conciencia) la íntima relación del puerperio masculino con los tabú paternos, ya que estos últimos ocupan en su discurso un lugar complementario del primero, sin solución de continuidad. En contraste con ello, reserva dos distintos tratamientos para ambos puntos, siendo que para el puerperio no sale de la mera expresión de maravilla, ya característica de la época grecorromana, y no esboza interpretación alguna, mientras para las abstenciones —que se le presentan como un hecho nuevo— recurre a la encuesta directa. A partir de este instante se verá con creciente frecuencia puesto en acto uno de los más engañosos procedimientos que han contribuido a oscurecer el panorama de la *couvade*, el que consiste en clasificar los ejemplos del puerperio masculino bajo un rubro apartado del de las prescripciones negativas o positivas que observa el padre en ocasión del nacimiento de un hijo.

En resumen, a partir de la Edad Media, y comprendiendo a los escritores confesionales que describieron las tribus americanas apartadas de los centros de la Colonia (siglo XVIII), vemos que empieza a vislumbrarse un concepto menos desmembrado y fragmentario de la Humanidad, a pesar de que esta segunda época no merezca aún otra designación que la de período pre-etnológico.

4. - Para pasar a una renovación de la metodología —siempre manteniéndonos adheridos al tema de la *couvade*— es necesario que nos traslademos a la época de las grandes concepciones del 1800, cuando en medio de controversias famosas nuestros antecesores en las Ciencias del Hombre se enfrentaron al problema de los *orígenes de la civilización humana*, como lo indican en su mayoría las intuiciones de sus obras más famosas.

La progresiva exploración de la tierra había mientras tanto ampliado la lista de las tribus con uso de la *couvade*, y ésta aparecía con mayor o menor frecuencia en todas las masas continentales y en los archipiélagos de Oceanía; constituía, en otras palabras, un clásico ejemplo de “paralelismo etnográfico”, y como tal entró a formar parte en calidad de objeto y de ejemplo, en las discusiones sobre la verda-

dera causa porque una misma 'invención' cultural se encuentra repetida en varios puntos del mundo, a menudo a gran distancia uno de otro. Fué en esta ocasión que las opiniones sobre la *couvade* comenzaron a situarse en agudo contraste, por el simple hecho que casi contemporáneamente se la llamaba a sustentar posiciones doctrinarias opuestas.

Todos conocen cuáles fueron en ese fecundo período de la etnología las preguntas colocadas en primer plano por la ansiedad de saber que caracterizó a aquellos doctos antecesores nuestros, sumamente preocupados por el fenómeno de la 'repetición' de las costumbres y creaciones de la humanidad. Y bien, en la literatura de la *couvade* encontramos la prueba que de las tres doctrinas formuladas en ese período por los mayores etnólogos: la *difusión*, la *convergencia* y el *monogenismo*, ni una sola fué olvidada en la tarea de justificar esta costumbre. En tal sentido particular es justo decir que en la discusión entablada para averiguar si las instituciones de la sociedad humana tuvieron un origen común o en cambio orígenes aislados, el debate sobre la *couvade* formó algo así como una clave de la moderna etnología.

Tylor (1865) fué campeón de la idea que al considerar como lugar de origen de una 'invención' del hombre un determinado punto donde ella existe, uno muestra que *he may be using his own ignorance as evidence*. En especial la *couvade* debe ser estudiada como un fenómeno de la humanidad en general, mejor dicho, de una parte de la misma, bien determinada. La misma opinión había expresado ciento cincuenta años antes Lafitau, naturalmente en términos de una materialidad menos aceptable en la ciencia: "¿No podría pensarse que de los primeros pueblos esa costumbre que nos parece tan singular haya pasado a los últimos (Asia y España)... y luego haya sido trasladada a América?" (1724, t. II, pp. 49-50).

Adversario de la *difusión* es Lubbock, quien la condena rotundamente: "Aunque siga creyendo que esta curiosa práctica tiene gran interés etnológico, yo no puedo compartir la opinión del Sr. Tylor, quien la considera como una prueba de que las razas que la adoptaron pertenecen a una clase particular de la humanidad. Yo opino, al contrario, que ella ha nacido de modo independiente en distintas localidades del mundo" (1870, pp. 10 sig.). No puede imaginarse, en verdad, una afirmación más tajante del origen independiente, o *convergencia*.

En cuanto a la tercera doctrina, o del *monogenismo*, es el propio Gerland quien la formula (1870-71), diciéndonos que la *couvade*

forma parte de aquel conjunto de invenciones primarias —en unión con la circuncisión, el tatuaje, las mutilaciones, el levirato, la conservación del cadáver, la antropofagia, el tabú, las ceremonias de pubertad, el culto de los antepasados, etc.—, las cuales fueron traídas por todos los pueblos desde la cuna primitiva, y que por lo tanto constituyen el ‘patrimonio común de la humanidad’.

5. - De las tres doctrinas beligerantes, puede decirse que dos solamente quedaron en el terreno de la lucha: la que sostiene la difusión de la práctica a partir de un único foco, y la que predica el origen independiente en muchos puntos aislados (la tercera idea, en efecto, no resolvía, sino encubría las reales incógnitas del etnólogo, y además los elementos enumerados por Gerland proceden de distintos eslabones o *culturas*, en su mayoría absolutamente extraños a lo que pudo ser efectivamente el núcleo de ‘invenciones’ propio del ‘patrimonio primitivo’).

En la búsqueda del punto de la tierra de donde habría salido la *couvade*, ya se ha visto la opinión de Lafitau, que nació en la vieja Europa de Estrabón y Diodoro para desparramarse en Asia y luego difundirse en América por intermedio de los españoles. Al final del siglo XIX Ling Roth quiere averiguar de qué raza son las gentes que practican la *couvade* y tras minucioso recuento afirma que sólo algún caso se verifica en la raza negra, varios en la amarilla, ninguno actualmente en la blanca y gran número en la oceánica y la americana. Su conclusión, que “ethnologically, therefore, we are unable to gather any information regarding its origin” (pág. 224) por un lado hace resaltar el efecto deletéreo de la confusión entre *etnografía* y *raciología* que ha sido en lo pasado característica francesa y anglosajona, y por la otra nos convence que el camino de Ling Roth no podía conducir a nada útil, siendo la *couvade* un hecho de cultura, absolutamente desligado de los caracteres corporales.

Cuando, en cambio, se difundió el concepto de la complejidad de los patrimonios culturales, y todos empezaron a hablar de asociaciones de elementos, Inglaterra vió surgir la definición del llamado *helio-lithic culture-complex*, tan cálidamente sustentado por G. Elliot Smith y sus discípulos. Uno de éstos, el médico Warren R. Dawson, autor de la apreciable monografía *The custom of couvade*, Manchester, 1929, al defender las teorías del maestro (págs. 56-60) expone con encomiable franqueza la trágica situación de las mismas en lo que atañe a la *couvade*. En efecto, según la escuela heliolítica (que desde hace

30 años suelo indicar con el nombre de 'escuela de Manchester') todos los elementos de este complejo debían ser originarios de Egipto; mas en lo que atañe a la *couvade* no se encuentra huella alguna en la civilización del Nilo.

Entre las demás presunciones y fórmulas, no podría descuidarse la opinión que expusiera E. W. Brabrook en la reunión del Anthropological Institute de Londres, nov. 8 de 1892, diciendo: "Yo me inclinaría a colocarlo [el desarrollo de la *couvade*] en algún sitio de Sudamérica, donde hubo amplitud de espacio y de tiempo para que varias costumbres se afirmaran y echaran raíces, para luego trasplantarse en Asia y viajar por otras partes del mundo" ("Journ. A. Inst.", XXII pág. 243). Evitando aceptar la insostenible idea genética de Brabrook, hay que reconocer sin embargo que después de su época se han multiplicado en la literatura de la *couvade* las aseveraciones en el sentido de reafirmar la importancia del área sudamericana entre todas las demás áreas continentales, en razón de la intensidad y frecuencia de la práctica. A tales condiciones, justamente, responde el propósito de RUNA al dar cabida en sus páginas al mapa sudamericano que María Angélica Carluci acaba de construir con notable diligencia.

6. - Todo lo que antecede, sin embargo, no salía del terreno de la indagación etnológica entendida en su mayor pureza, es decir como búsqueda de los mecanismos de 'invención' y de 'imitación' de los elementos culturales. Como tal, no podía satisfacer sino a los investigadores que —de un modo ingenuo o doctrinario— estaban gobernados por una interna y definida mentalidad de etnólogo. Un ingente número de otros escritores quedaba absolutamente insatisfecho: en especial modo los psicólogos, luego los de espíritu jurídico, los fisiólogos, los funcionalistas, los utilitarios, los del *common sense*, etc., sin excluir, naturalmente a uno que otro pensador chistoso.

Se abre así la tupida sección de los motivos, finalidades, impulsos y significados, capítulo que en todo momento ha formado la parte más áspera e inaccesible de nuestra disciplina y —por contrapeso— la más fecunda para las facultades imaginativas.

A manera de introducción, pueden valer las preguntas que Max Müller (p. 276) pone —resumiendo— en los labios de Tylor: "*Is it, then, a natural custom?*" o en otras palabras: "¿Existe en él un fundamento racional e inteligible, apto para suscitar igual impulso en todo corazón humano?" Un pensamiento análogo es el que expresó Maurel en su monografía de la *couvade* (1884): "Los grupos humanos más di-



versos han podido llegar independientemente —esto es, sin tener comunicaciones recíprocas— a vestirse y a fabricar sus abrigos y armas ¿pero de qué necesidad habría surgido la *couvade*?” Siempre se trata de escudriñar si en la *couvade* existe un elemento ‘natural’, es decir, propio del alma del hombre. Es indudable que ya con el mero planteamiento del problema quedaba afirmado un principio importantísimo para el conocimiento antropológico, esto es, la unidad de todos los pueblos de la tierra, en consideración de las fuentes íntimas del deseo y de los apetitos: justo es reconocer el notable adelanto en relación a la vieja etnografía de la diversidad novelesca y entretenida, que infortunadamente reaparece aquí y allá en nuestros contemporáneos, aun abstrayendo de las páginas de las revistas dominicales.

Si realizamos una estadística de las ‘explicaciones’ psicológicas, no hay duda que el mayor número comprende a los partidarios de la idea que la *couvade* tiene por fin la afirmación de la paternidad, con la que el padre probaría que el hijo es producto de su obra (Maurel, 1884), atribuyéndose con ese rito el derecho inmediato sobre él (Bastian, 1886) por el hecho que era necesario para la “mente primitiva” demostrar tal consanguinidad por medio de un hecho sensible, el simulacro del parto (Giraud-Teulon, 1874).

Una variante que, aunque muy débilmente en principio, se destaca de este nutrido grupo de intérpretes, es la que encabeza Tautain (1896) aunque en realidad ya estaba enunciada con valor complementario por el clásico libro de Bachofen (1861) del que pronto hemos de ocuparnos, argumentando que la *couvade* es en realidad una ceremonia de adopción, y ésta fué su forma y finalidad originaria. No pocos fueron los partidarios de este modo de ver; al lector de RUNA hemos brindado en las páginas que anteceden el modo de seguir una brillante defensa del mismo, debida a la pluma del profesor Corso.

Se hace evidente que la doctrina de la paternidad incluye ambos conceptos: el sociológico y el jurídico, en medida asaz variable. La bella fórmula de Caro Baroja, que “según qué punto de vista se practique, puede tener una significación u otra; puede ser un acto jurídico o un acto mágico” (1943, pág. 179) cobraría más completa adherencia si junto con ellos mencionase el factor sociológico. Por su parte —unos cuantos años antes— Rosa Mayreder (1913) creyó poder dirimir la cuestión en favor de uno de ambos términos “la *couvade* es un fenómeno condicionado más psicológica que económicamente”, mas no sabemos en realidad en qué fundamento lo sustenta.

7. - La explicación que invoca la paternidad, sin duda una de las más sugestivas, ha producido buen número de corolarios y construcciones que integran gran parte del desarrollo total. Ya Letourneau (1910) había subrayado que el impulso a proclamar enfáticamente la participación del padre en el nacimiento del hijo tuvo que afirmarse necesariamente en una época en que era común sospechar esta participación, sin estar bien seguros sobre su real mecanismo. En tiempos recientes Rosa Mayreder (1913) ha dicho más o menos la misma cosa con la frase: "sería como un despertar de la conciencia de la paternidad".

De este punto de vista se ha partido en dos direcciones: primera, insistiendo en la demostración —ya conocida por otra parte— de que no pocos grupos de Australia ignoran el secreto de la fecundación de la mujer por el varón, y segunda, afrontando el problema de la *couvade* en el plano visual de la culturología, esto es, como elemento integrante de una de las grandes unidades patrimoniales que definen un estado de civilización, particularmente conexo a determinada forma económica.

A rigor de lógica, ninguna aplicación culturoológica pudo realizarse antes que naciese la culturología. Ello es bien cierto, mas naturalmente no pretenderemos que fuese necesario esperar que se publicaran los ensayos fundadores de F. Grabner, B. Anckermann, W. Foy y W. Schmidt, todos escalonados entre 1905 y 1911, pues la iniciativa de ordenar histórica y morfológicamente las culturas ya había tenido sus primeras expresiones, ciertamente brillantes, en las obras de E. Hahn, E. Grosse, H. L. Roth y J. J. Bachofen, salidas a luz en los últimos cuarenta años del siglo anterior.

Con el autor nombrado al final y que cronológicamente a todos los precede, comienza, con relación a la *couvade*, la tarea de colocarla 'históricamente' en el panorama del espíritu humano. Su obra, realmente clásica, *Das Mutterrecht*, salió en 1861, y su efecto fué asombroso. Un hombre ilustre y de gran autoridad, como lo era Tylor, se vió poco más tarde forzado a renunciar a las ideas que ya había sostenido en su famoso libro de 1865, para convertirse en un propagandista de la teoría del matriarcado: "Yo debo deducir que la original interpretación de Bachofen en su gran tratado de 1861, aceptada luego por Giraud-Teulon, coincide sustancialmente con los hechos, y es justificada por ellos". E insiste más lejos "De este modo la *couvade*, costumbre aparentemente absurda y que durante veinte siglos ha provocado la hilaridad del mundo, comprueba que no es un mero

indicador incidental de la tendencia de la sociedad a pasar del hábito maternal al paternal, sino un verdadero signo y marca de esta profunda mutación" (1889, pp. 255-6). No podía, en verdad, etnólogo alguno apoyar con mayor calor y convicción el enunciado de Bachofen que la *couvade*, siendo la forma más enfática de afirmar el hecho de la paternidad, sólo pudo prosperar como institución en una sociedad que tuviese necesidad de tal afirmación, y ello no ocurrió en otro momento, fuera del tránsito de la forma matriarcal al patriarcado.

A pesar de la energía con que Tylor en 1888-89 señalara el advenimiento del patriarcado, aceptado también por Bastian (1886), se vieron bien pronto surgir argumentaciones adversas. En la memorable sesión del Instituto londinense del día 8 de noviembre de 1892, ocupando el propio E. B. Tylor el sillón de la presidencia, se dió lectura al ensayo de H. Ling Roth que ya hemos mencionado arriba, en el cual fueron expuestas las pruebas concretas de que muchos pueblos con *couvade* no se encuentran en el estado transitorio requerido, mientras en cambio otros que realmente están en el *maternal-paternal stage* (especialmente los australianos) no presentan forma o vestigio alguno de *couvade*. Además los melanesios de Oceanía y los Aruak de la Amazonia, que la practican, son absolutamente de derecho patrilineal.

Esta disputa fué reanudada en tiempos más recientes en el nutrido manual de Schmidt y Koppers (1924) que señala una etapa importante de la aclaración de los resultados del método histórico-cultural. Se subraya allí lo ya indicado por Bachofen y Tylor, que la *couvade* aparece entre pueblos de derecho matrilineal así como en algunos de tránsito al patrilineal. "Sin embargo —se agrega— Tylor en aquel entonces no podía aún concebir la diferencia entre el ciclo cultural de derecho matriarcal *exogámico* y el de derecho matriarcal *libre*; es solamente en este último que se encuentra la *couvade*, y ello explica también por qué no se la encuentra en Oceanía y en Africa, y escasamente en América del Norte. Pero, como el ciclo matriarcal libre en muchas regiones rápidamente se fusionó con las culturas patrilineales libres, se sigue que con frecuencia encontramos la *couvade* en lugares donde se verifica el tránsito matriarcal-paternal; ésta sin embargo es una circunstancia externa" (p. 293).

La fórmula que acabamos de exponer representa la última palabra pronunciada por intérpretes de la corriente culturoológica. Después de esa página, los autores del manual emprenden una cerrada crítica de la actuación de Frazer, crítica que responde a una rigurosa

exigencia de la lógica (nosotros mismos nos veremos pronto en la necesidad de realizarla con mayor intensidad y rigor). Infortunadamente Schmidt y Koppers, en el proseguimiento de su exposición terminan por querer definir 'psicológicamente' el impulso que llevara a establecer la *couvade*, intento que sorprende al lector de una obra que pocas líneas antes ha objetado el abuso de intuiciones 'psicologistas' en etnografía, y en la cuestión de la *couvade* en especial.

Con no poca extrañeza vemos que tres lustros después de esa etapa, esto es en 1930, la "Revista de Occidente" difunde entre los pueblos de habla castellana la traducción de un libro donde se ilustra "La Covata del hombre como costumbre típica de la transición entre el matriarcado y el patriarcado", según reza el título del cap. 11 de la III parte (Krische, P.: *El enigma del matriarcado*, Madrid, 1930).

8. - Ha llegado el momento de analizar las opiniones vertidas por Sir J. G. Frazer, y sobre todo el procedimiento dialéctico de que se sirve este celebrado autor para sustentar sus convicciones al propósito de la *couvade*. Frazer entra a batallar en 1910, cuando ya la discusión había recorrido gran parte de su trayectoria, puede decirse, la más decisiva y dramática. Tylor, por ejemplo, había ya enunciado desde hacía 45 años su primera explicación de la *couvade*, y desde 12 su segunda teoría, correctiva de la anterior. Este antecedente es uno de los más importantes para explicarnos la errada actuación de Frazer.

Recordemos que en su primera obra Tylor había sostenido que la *couvade* es efecto de un concepto conectivo entre padre e hijo que supera las comunes relaciones de parentesco, afecto y deber, ya que invoca una íntima unidad corporal, capaz de proyectar los actos del primero directamente en el segundo; en otras palabras, es manifestación de la llamada "magia simpática". Nótese que estas mismas ideas, con incluso la misma frase, aparecieron ya en la prosa de Dobrizhoffer. También conviene anotar que en esa ocasión Tylor rechazaba la doctrina del matriarcado formulada por Bachofen pocos años antes, la misma que luego abrazará en la obra de 1888-89, con entusiasmo de neófito.

Cuando Frazer se asoma al hervidero, debe forzosamente elegir entre los dos partidos, por el simple hecho que en el furor del conflicto ambos han sido presentados en rígida oposición recíproca, tal como si la naturaleza del hombre excluyera radicalmente que el sentido mágico y el de la paternidad pudiesen haber existido y operado en convivencia (actualmente la imagen de esa pretendida incompatibi-

lidad nos hace sonreír, y con relación al problema concreto de la *couvade* vemos claramente que Tylor en su primera fase no se había, por supuesto, engañado al hablar del sentimiento y de la manifestación mágica; sólo que éstos forman parte de orientaciones propias del espíritu en general, intensificadas por cierto en la vida de relación de determinados ciclos, pero insuficientes para explicar la *couvade*, puesto que de otro modo tal práctica debiera verificarse en todos los pueblos cuyo pensamiento está orientado en sentido mágico).

Frazer elige la magia, y rechaza furiosamente la función jurídica del patriarcado, que califica a *misinterpretation of the facts* (1910, t. IV, p. 244). El celebrado etnólogo inglés está en su pleno derecho al embanderarse bajo el signo que más le gusta, y nosotros evidenciaríamos escasa madurez crítica si le reprocháramos haberse dirigido hacia la derecha y no a la izquierda. La cuestión es muy otra; se trata de los procedimientos seguidos en su demostración. Una vez aceptada como única explicación la magia simpática, se entiende fácilmente que, mientras todos los pueblos que acatan disposiciones de 'cautela' y 'prohibición' (alimenticias o de otro carácter) le brindan las piezas justificativas más eficaces y concluyentes, aquellos —en cambio— que realizan el puerperio masculino a la manera referida por Apolonio y Marco Polo se convierten en un elemento extraño y molesto.

¿Qué hace Frazer con este lastre? Caso tras caso, testimonio tras testimonio, decide reducirlos a cero. "El antiguo poeta griego Apolonio Rodio afirma, es cierto, que entre los Tibarenios del Ponto, cuando una mujer da a luz un niño, su marido se acuesta en la cama gimiendo y con la cabeza vendada, mientras la mujer le prepara la comida y el baño, como si él fuera la púérpera. La costumbre, así descrita, se interpreta muy naturalmente como imitación del puerperio por parte del marido. Mas no existe la evidencia, ni la probabilidad que el poeta asistiese a la ceremonia que describe; es más probable que la haya oído de segunda mano y la haya interpretado erróneamente, del mismo modo que muchos otros, luego, han mal entendido la misma práctica" (p. 245). Bancroft, a su vez, cuando narra el caso del marido californiano, quien gruñe y se queja afectando sufrir los dolores de una parturienta, debe haber agregado estas frases —dice Frazer— a guisa de "*pure addition of the writer*" ya que "compiló su relato de segunda mano y no puede pretender haber visto lo que describe" (*ibid.*). Y en lo que concierne a los Caribe, ni Venegas, ni Du Tertre "han expresado más que la interpretación de un observador civili-

zado; ellas no comprueban que el padre haya pretendido representar la parte de la madre" (p. 246).

Después de abatir al suelo, como hacen nuestros hijos con los soldaditos de plomo, a los testigos de la clásica literatura de la *couvade*, puede Frazer respirar finalmente y dictaminar que esta práctica no implica la simulación del parto, ni la pretensión del padre sobre los derechos emergentes. Más abajo, a modo de resumen, reconoce dos tipos de *couvade* (en realidad, dice, dos costumbres asaz distintas, aunque ambas conexas con el nacimiento): la primera que concierne a las prescripciones alimenticias del padre (no nombra las demás exigencias positivas y negativas) y la segunda que simula el puerperio masculino, en vista de aliviar los dolores de la mujer (deliberadamente rechaza los testimonios clásicos, para aceptar únicamente las prácticas *ante partum*). De ahí que decida llamar la primera *couvade postnatal or dietetic* y la segunda *prenatal*; manifestación de la 'magia contagiosa' esta última, y la otra de la 'magia simpática'. El autor encuentra incomprensible el hecho que se haya confundido en un solo concepto dos prácticas tan distintas en la intención, en la manera y en el tiempo de su observancia" (p. 255).

Esta tajante separación del conjunto en dos categorías tan apartadas, es el más deletéreo ejemplo dejado a sus sucesores por un hombre de la autoridad de Frazer; la veremos seguida entre otros por Kunike (1911) y en nuestros días por Métraux (1949), el cual, sin embargo, no deja de invocar contemporáneamente el *maternal-paternal stage*.

En esta poco afortunada actuación de Frazer, no son menos contrarios al recto proceder del etnógrafo por una parte su defensa de la credibilidad de las explicaciones que dan los indígenas y por la otra el tratamiento de las fuentes, las cuales —como vimos en los pasajes citados— son transformadas en fáciles instrumentos dialécticos por medio de una serie de modificaciones, mutilaciones y negaciones dictadas únicamente por el afán de tener en pie la tesis. Si queremos buscar un alegato 'atenuante' para Frazer, diremos que en este sistema de dudar y negar tiene un precursor en Ling Roth. Leamos, por brevedad, sólo estas líneas: "De ninguna manera me sorprendería si por último las relaciones tanto de Marco Polo como de Schouten resultaran ser mitos, ya que ambos viajeros dictaron sus relatos en la época en que el Mundo Antiguo estaba lleno de las narraciones del Nuevo, de manera que al final debemos concluir que la costumbre no es, ni ha sido nunca tan expandida como generalmente se cree" (1892, p. 221-22). Recomiendo al lector que por un instante

considerare con atención la época de Marco Polo (final del siglo XIII) y procure imaginar cuáles y cuántos mitos americanos pudieron trastornarle el cerebro.

9. - Es evidente que en el intento de forjar 'explicaciones' de la *couvade*, se ha concentrado la atención por una parte en la vinculación del padre con el hijo y por la otra en la del padre con la madre, creando una no velada oposición entre una y otra, como si fueran dos sectores irreconciliables. Muy poco, en cambio, se ha reflexionado en el sentido de valorar la relación de ambos progenitores con el nacido o el nascituro.

No es necesario buscar ejemplificación para el modelo padre-hijo, pues la totalidad de las teorías que invocan la afirmación de la paternidad (jurídica, psicológica, afectiva, etc.) y además todas aquellas que toman por base las prescripciones alimenticias y de cautela (negativas y positivas), están construídas por entero en esa vinculación.

En menor número se cuentan las teorías del tipo padre-madre. La obra que a esta relación atribuye mayor peso, es la ya mentada de Schmidt y Koppers (1924, pp. 294-295), por la sencilla razón que les interesaba asentar la pertenencia de la *couvade* a la condición psicológica del matriarcado (y no ya al cundir del predominio masculino).

"De este modo la *couvade*, por doquiera se la mire —concluyen los nombrados autores— comprueba ser una manifestación aguda y clara del más puro derecho matrilineal, en particular del dominio de la mujer, o Ginecocracia; el hombre se somete a ella tan intensamente, que intenta participar de sus dolores fisiológicos y toma sobre sí sus actividades específicas, convirtiéndose en cierto modo en mujer". Los hechos aducidos en esta obra son extraídos de las viejas narraciones de Quandt y von Sack y del menos remoto von den Steinen, y además de la etnografía de los Igorotes de Luzon. De ningún modo puede decirse que estos textos figuran por primera vez en la literatura de la *couvade*, pero nunca se los había utilizado en el sentido que lo hace el libro de Schmidt-Koppers, y en ello consiste su originalidad.

Muchos otros textos habrían podido citar en su apoyo estos ilustres autores, en los que también es invocada la solidaridad masculino-femenina; así, por ejemplo, el pasaje donde Letourneau sostiene que el marido no sólo quiere afirmar su paternidad, sino también desviar sobre sí mismo parte de la malevolencia de los espíritus malos que acechan a la mujer durante y después del trabajo del parto (1901, p. 280) o a su predecesor A. Bastian que dice lo mismo con respecto

a los diablos de la fiebre puerperal (1868, p. 153 sigs.); sin olvidar a Corre, quien opina que el marido quiere hacer olvidar los dolores a la mujer y darle una inocente satisfacción de la pena que ha soportado (1882), idea que ya venía formulada por el primer intérprete absoluto de la *couvade*, como lo hemos leído en la cita de Marco Polo.

Voy a reproducir el pasaje de Quandt, ya que es notable también por otra razón, esto es, porque —si no yerro en mi cálculo— se asoma por primera vez en la literatura de la *couvade* el intento de darle una explicación dictada por el “sentido común”, y además atribuirle una función de color “utilitario”, agregando que tuvo el mérito máximo de esbozar para la *couvade* una escalerilla de estados sucesivos excepcionalmente grata a los pensadores del principio del siglo XIX, dominados en todos sus raciocinios por la imperante fórmula del *poco a poco*. “Cuando la mujer tiene un hijo (habla del pueblo Aruak de la Guayana Holandesa) le está prohibido al esposo hachar un árbol o tirar con el arco o cazar animales, porque la criatura se enfermaría y podría morir. Solamente se le permite flechar pequeños pájaros y pescar peces pequeños en la cercanía de la choza. Es así que entonces se ve constreñido a quedarse en casa, y ya que la hamaca es su asiento y su lecho, se recuesta en ella por mayor comodidad. La mujer se sienta a su lado en el suelo para no ensuciar su hamaca y también porque generalmente el recién nacido ocupa la misma. Esta práctica supersticiosa parece haber sido creada por las mujeres para mantener a su lado a los hombres durante el tiempo que más lo necesitan, puesto que de otra manera se irían de caza o a cortar leña en el bosque, y la mujer entonces tendría mayores dificultades, pues el hombre le traería, con los animales cazados, mucho trabajo” (1807, pp. 252-53). También se quiere evitar, según lo afirma von Sack (1810, p. 84) que la choza quede, por la ausencia del hombre, a la merced de los enemigos, los cuales esperan la ocasión favorable para raptar mujeres y niños. A lo que agrega von den Steinen (1894, p. 335) que la mujer desea en esos días difíciles evitar que el marido se aleje de su lado “y para ello *no había mejor remedio que ponerlo a dieta*”.

Los primeros dos textos que resumimos se remontan a la primera década del 1800; el tercero, más reciente, no llega sin embargo al final del siglo: se trata —si no en el bruto sentido cronológico, ciertamente en la sucesión de la metódica de la etnología— de autores de otra época, cuando era lícito a los viajeros y exploradores mantenerse indiferentes ante los reales e íntimos problemas de la Humanidad y sus hábitos, y les parecía suficiente dilucidarlos con la lógica casera.



débilmente coloreada con cierto tinte de argucia. Vemos con tristeza que verdaderos héroes de la exploración en la ciénaga y la floresta, cual es Koch-Grünberg, no tuvieron dificultad en repetir que la *couvade* responde al deseo de evitar que el padre del recién nacido se aleje de la casa y que la madre se vea obligada a preparar la caza y la pesca que el marido traería del bosque (1924, p. 137).

En esas 'explicaciones' abundan —como es manifiesto— los elementos del más desembozado racionalismo, condimentado con un claro sentido finalista: la repugnancia al trabajo de cocinar, el no menos femenino temor que se ensucie la cama, la astucia de condenar al marido a una forzada abstinencia, etc. Por este medio todo resulta diáfano como el agua. Bien sabemos hoy que el pretender *explicarlo todo*, hablando de las costumbres, no sólo es una actividad extraña a la correcta metódica de la etnología, sino también representa un afán característico de una *forma mentis* negada al trabajo etnológico.

Secundariamente, es de observar que las mismas —como ya lo mencionamos— están dominadas por el afán de mostrar que la *couvade* ha venido formándose *poco a poco*, partiendo de un punto elemental y fácilmente aceptado por el sentido común. Así, lo principal era asentar que el padre es retenido en casa por la mujer; de allí pronto se pasa a las prescripciones negativas, y como la inmovilidad y la dieta deben engendrar fastidio y aburrimiento, he aquí que el hombre prefiere tumbarse en la cama. “La hipótesis que el marido se acueste en su hamaca principalmente por el hecho que ninguna actividad le es permitida *cannot be dismissed as a mere vagary*” (Métraux, 1949, p. 369). Es ésta la enseñanza del reciente “Handbook” del Indio Sudamericano publicado en Washington. Volvemos así a la mentalidad del viejo viajero entre los Caribe de la Martinica, T. de Chanvalon, quien hace 200 años dejó escrito que por creer que ciertos alimentos ingeridos por el padre, y alguno de sus actos, afectarían al recién nacido, aquél se induce a tomar la hamaca por precaución, con lo que evita las tentaciones y libra al niño de los peligros (viaje cumplido en el año 1751; edición de 1763, p. 52).

10. - De lo que acabamos de reseñar no es —ciertamente— posible que alguien deduzca con seriedad y conciencia que lo más moderno es necesariamente lo más sólido y fidedigno. Véase *ad abundantiam* la aportación de dos corrientes 'explicativas' que han llegado a la lidia en los últimos años.

Comenzaremos con la actuación del fisiólogo, cuya primera manifestación apareció en un artículo de la revista "Man" salido en 1944 —artículo por demás *troublant*— que lleva la firma de un bien conocido profesor y biólogo inglés, actualmente en Norteamérica, R. Ruggles Gates, cuya importante obra sobre genética humana ha ocupado la atención de RUNA en el vol. I, pp. 278-282. A esa primera enunciación siguió una nota de Raglan en la misma revista y mismo año, y a distancia de nueve años tres nuevas notas: una de autodefensa por Ruggles Gates, la segunda de réplica por Raglan y la última de Essex-Cater, quien intenta dar nueva vida a la hipótesis fisiológica, todas en "Man", 1953.

El prof. Ruggles Gates comenzó con fundar la tesis que durante la gestación la mujer expide una emanación particular (el *oestrin*) capaz de producir en el marido perturbaciones que en otros tiempos pudieron dar origen a la *couvade*. El hecho de la transmisión se habría verificado entre los negros y en las familias pobres del blanco, en la Virginia occidental. Los dolores y malestares del marido son causados por la inhalación del *oestrin* en determinadas condiciones: cuando, por ej. hay pocos baños, y el marido duerme junto con la mujer en ambientes escasamente ventilados, con frecuencia con las cobijas levantadas arriba de la cabeza. Sus aportes concretos son por una parte estos casos de la pobre gente y de los negros de Virginia, y por la otra una página de un viejo libro publicado en Oxford en el 600, donde se habla de un tal *effluvium* y un tal *noxious humor*, y además de una *secreta simpatia* por la cual las penas se deslizan de la mujer preñada hacia el marido, quedando aquella *well and undisturbed*. El autor del artículo de "Man" observa que ese naturalista elisabetiano quería hablar del *oestrin* de la medicina moderna, y termina diciendo que la *couvade* debió nacer como consecuencia de sufrimientos realmente experimentados por los maridos.

Lord Raglan en sus dos réplicas objeta que la *couvade* se asocia con extraordinaria variedad de prescripciones y ceremonias, y que por tal modo pertenece a las instituciones conexas con las creencias religiosas. Apretando aún más, recuerda que de infinidad de ejemplos de tabú no emerge prueba alguna que el hombre se sienta o se declare enfermo. Por otra parte, si la mujer preñada produjese enfermedad, ésta debiera afectar también a otras personas, ante todo a los niños.

Por último, A. Essex-Cater se propone dar nuevo lustre a la teoría de Ruggles Gates, mas en realidad la desplaza del terreno fisiológico

al de la psicología. En substancia, dice que en un principio hubo hombres, de inestable emocionalidad, que imaginaron estar afectados por algunos síntomas de preñez (en la mujer son frecuentes tales falsas gestaciones o *pseudocyesis*, las cuales producen engrosamiento del abdomen, náuseas de mañana, cesación del menstuo, etc., todo puramente de origen psicológico); esos hombres cobraron gran estimación en el clan, y luego fueron objeto de la imitación de los demás. Agrega sin embargo que sería erróneo creer que los síntomas de preñez masculina se limiten a los pueblos incultos, y aquí sigue su aporte más original: "Yo puedo indicar a un hombre, inteligente, que vive en óptimo ambiente, el cual presentaba hinchazón abdominal, náuseas y malestar durante los últimos días de la gestación de su esposa". Después de lo cual el lector sagaz se pregunta ciertamente ¿por qué razón las penas de este gentleman afectado por pseudocyesis se manifestaban en coincidencia con el final de la preñez de su mujer? o —en otros términos— ¿qué tiene que ver una cosa con otra?

En segundo lugar abordaremos la actividad de los escritores del grupo psicoanalista. Es notorio que esta escuela no ha sabido abstenerse de intentar incursiones audaces en todos los sectores del saber, y particularmente en arqueología y etnología, a pesar del profundo descalabro que en la obra de Sigmund Freud representa su libro *Totem y Tabú*, el menos meditado y el más arbitrario del padre del psicoanálisis.

Representante de esta escuela es Reik, que con su obra de 1919, editada en Viena, entró a dictaminar sobre la *couvade*. Su primera intervención consiste en adoptar la separación de los dos géneros de *couvade*, que ya vimos en Frazer y secuaces. En cuanto al origen, Reik establece que representa una reacción del hombre al doloroso recuerdo del parricidio que íntimamente lo corroe. También este autor se propone seguir la ley del desarrollo, del 'poco a poco': la costumbre no ha nacido de golpe, ni completa, sino ha sufrido progresivas ampliaciones. En primer tiempo, se sabe, hubo el parricidio, cometido por los hermanos con el fin de prohibir el comercio carnal con su propia madre; siguióle un intenso sentimiento de culpa y arrepentimiento, con gran miedo a la represalia. En efecto, el padre podía ser vengado por el hijo del hijo, que lo representa. De ahí el infanticidio, especialmente del primogénito, reemplazado luego por el sacrificio del animal, del animal-totem en particular. He aquí para Reik explicada la inhibición de ciertos alimentos durante la *couvade*, y en lo que concierne a los tormentos que se infligen al padre, no

serían más que un modo de *renacer como hombres nuevos* por medio de una especie de expiación.

Estimo suficiente este resumen para que aparezca claramente por una parte la arbitrariedad de las afirmaciones habituales del psicoanalista, y por la otra su absoluto e irreductible alejamiento del verdadero terreno de la Etología.

Sólo me quedaría por recordar que también el 'funcionalismo' ha pronunciado su sentencia en la cuestión de la *couvade*. No queremos pasarnos sin reproducirla, porque procede del propio fundador del método funcional, el muy ilustre Bronislaw Malinowski: "La *couvade* es la más aguda forma de afirmación de la paternidad. La aparentemente absurda idea de la *couvade* posee un profundo significado y una necesaria función. De alto valor biológico es para la familia estar compuesta de ambos miembros: padre y madre; mientras las costumbres tradicionales y las leyes establecen la situación social y la estrecha proximidad moral de ambos progenitores con el hijo, mientras todas esas costumbres tienen por fin llamar la atención del padre sobre su descendiente, la *couvade* a su vez, que hace que el padre simule las penas del parto y los malestares de la maternidad, es de gran eficacia, pues produce el necesario estímulo y expresión de las tendencias paternas. La *couvade* y todas las costumbres de ese tipo sirven para acentuar el principio de legitimidad, y la necesidad del hijo de tener un padre" (1927, pp. 215-216). Si fuésemos nosotros adversarios declarados de la corriente funcionalista, este trozo nos serviría a las mil maravillas para confirmar que en gran parte esa metódica y los frutos que ha dado a la literatura etnológica se componen de mera vaguedad y verbalismo.

Una vez colocados en esta vertiente, cuyo carácter es festivo y regocijado, estimamos provechoso seguir la costumbre francesa de guardar para el último párrafo un gustoso *pour finir*. Nos viene bien recordar la interpretación de otro grande: "Los más extraordinarios hábitos han tenido en el pasado, por lo general, sencillísimos comienzos. Sin exagerar el tratamiento que recibe entre nosotros el marido durante el confinamiento de la esposa, no sólo de la suegra, de la cuñada y de otros parientes femeninos, sino también de enfermeras y de la ocasional sirvienta de la casa, nadie puede negar que resalte un agudo contraste entre los sufrimientos que agobian a la esposa y la impunidad del marido, tal que si sucede algo que puede serle objetado, nadie piensa ahorrarle reproches. Si sus zapatos crujen, si su perro ladra, si su colchón no ha sido prolijamente recogido, ¿pue-

de acaso impedirlo? ¿Y no sería más provechoso para él tirarse desde ya en su cama, sin levantarse hasta que todo haya pasado? Si algo por este estilo se verifica en nuestra propia época civilizada, ¡imaginemos lo que tuvo que haber entre las razas nómadas!" (1867, vol. II, p. 277). Lo que nos contrista, es que Max Müller no escribió ese párrafo para hacer un chiste, sino con el fin de contribuir al esclarecimiento de la *couvade*.

11. - Llegados a este punto, que es el final de nuestra reseña, advertimos la conveniencia de desengañar al lector sobre nuestra conducta aparente, e ilustrarlo sobre la real. Podría, en efecto, haber deducido que es de nuestro gusto abandonarnos al vértigo de una crítica desmedida y cáustica, no sólo hacia las mayores celebridades de nuestra disciplina, sino también hacia nuestros propios colegas y amigos. Nada más falso: todo lector que nos haya acompañado durante nuestra larga actuación, conoce perfectamente con qué justiciero cuidado nos es caro reconocer los méritos de maestros y compañeros, y a menudo exaltarlos.

El corolario que aquí emerge de los propios hechos es muy otro; se trata de la rotunda verdad que en el asunto de la *couvade* ha resultado siempre facilísimo deslizarse hacia las pendientes dudosas, y a menudo, en la persecución de una comprobación deductivamente preimaginada, incurrir en los más crasos errores de lógica y de método o en el más irregular tratamiento de las fuentes.

No diremos ya que toda la copiosa literatura reunida durante veinte siglos deba ser tirada como inservible, ya que por lo menos nos suministra una serie de enseñanzas que será utilísimo aprovechar en lo sucesivo. De todas maneras, es cierto que los pasajes que nos merecen mayor respeto son los que desarrollan una conclusión negativa. Con encomiable franqueza Heinrich Ploss confiesa que el motivo fundamental que dió origen a la *couvade* queda absolutamente fuera de la órbita de nuestra penetración en el actual estado del conocimiento, y lo mejor que podamos decir está resumido en una sola palabra: *ignoramus*.

A su vez Rafael Karsten —quien ha dedicado a este asunto algunas páginas de gran fuerza crítica no sólo en el aspecto puramente lógico, sino con la aportación de datos de primera mano— después de admitir la presencia de una mentalidad mágica generalizada, observa que no puede ser ésta la condición específica que originó la *couvade*: "En realidad, un problema sociológico tan intrincado como es la

*couvade* no puede ser resuelto con un mero *catch-word* —es esto o aquéllo— y toda explicación de carácter general es de escasa utilidad” (1926, p. 465).

Por brevedad omitimos a otros autores (a Im Thurn, por ejemplo, cuya es la frase: “De su origen no parece posible encontrar una explicación satisfactoria” (1883, p. 219); y cerramos este párrafo con las sabias palabras de Dawson: “Podemos preguntarnos ahora si alguna de las explicaciones formuladas es valedera al día de hoy, y si, por último, la costumbre de la *couvade* es susceptible de explicaciones efectivas” (1929, p. 87).

Nosotros, sin embargo, no llegamos a un escepticismo tan radical. Se trata de medir con mayor cuidado el valor de ciertas palabras: ‘explicación’, ‘origen’, ‘finalidad’, etc., cuando se habla de una costumbre, en especial de una costumbre que procede de tan antiguos estados culturales. Todas ellas presuponen varias calificaciones de los hechos humanos que la intuición comúnmente acepta, mientras son en cambio rechazadas por la ciencia de las costumbres, o *Etología*: que sea, por ejemplo, relativamente fácil captar el íntimo significado de los actos ceremoniales, místicos, jurídicos y tradicionales de los pueblos; que en todos los casos deban surgir de imágenes y mociones convertibles a nuestro lenguaje psicológico actual; que de las lejanas finalidades que les dieron origen, los pueblos conserven un recuerdo fiel; que pasando de un lugar a otro del globo, costumbres e instituciones se mantengan sin alteraciones sensibles, etc.

El siempre más fino y exigente examen del inmenso acervo de hechos adquiridos, ha terminado por excluir una tras otra todas esas ingenuas ilusiones. Concebimos a la Humanidad como unidad congruente en todo lo que concierne a los apetitos, necesidades y deseos propios de lo más hondo del ser, mas tenemos en cuenta a un mismo tiempo las grandes etapas de su historia y las distintas orientaciones de sus ciclos de civilización, diferenciados en el espacio y perceptibles por la biodinámica de sus portadores. A la corriente del actualismo racionalista en *Etología*, oponemos que, aun siendo el mecanismo del juicio absolutamente idéntico en todo el mundo (y no gradualmente desarrollado, según defendió Lévy-Bruhl), la razón construye sin embargo sobre el plano de premisas distintas, la mayor parte de ellas procedente de las facultades afectivas. El filósofo por su parte, cuya visión se ha formado por medio de la observación de la ciudadanía de las naciones cultas y especialmente mediante la introspección, cuando cree haber dilucidado estas ‘singularidades’ de la conducta,

sólo ha intentado reducirlas al común denominador de su *test* psicológico. Por último, el hecho etológico más importante después de la 'invención', es el proceso de la 'imitación', que produce la difusión de los elementos de cultura, mas no hay que descuidar las variabilísimas condiciones de aceptación y adaptación que una creencia o una práctica en su marcha difusiva encuentra en las distintas etnias; de allí la casi imposibilidad que reduzcamos todas sus manifestaciones a una morfología sencilla y a una etología unimodal.

Al cerrar nuestro ensayo, no cometeremos por cierto la imprudencia de formular una nueva 'explicación' o 'teoría' de la *couvade*, especialmente por el hecho que tales *trouvailles* no son deseables, ni —en definitiva— admisibles. Nos limitamos a deducir de la reseña que acabamos de realizar, unos substanciosos corolarios.

a) Será aproximadamente ocioso invocar la expiación, la impetración por el dolor, el mecanismo mágico u otras orientaciones generales del espíritu del hombre, puesto que —después de admitirse su indudable presencia— ninguna de ellas resulta haber engendrado específicamente la *couvade*. Con suma oportunidad Karsten recuerda que "el Indio mortifica su dieta y su régimen de vida mientras se ocupa en instruir su perro o en fabricar un tambor, o en sembrar su huerta", actos que por cierto son extraños a las manifestaciones de la *couvade*.

b) Con referencia a las ideas de paternidad y adopción, no creo ya conveniente exagerar, con visión unilateral, la relación del tipo padre-hijo, aun admitiendo que en gran número de casos es incuestionable. En cuanto a los testimonios del tipo padre-madre, me parece poder afirmar que han dado ya casi todo lo que podían. Conviene, en cambio, tomar en examen el tipo (padre-madre)-hijo, que es casi inédito. Los críticos de las fuentes antiguas y modernas, que llegaron con L. Roth y con Frazer a un verdadero proceso de trituración, nunca han reflexionado —sin embargo— que el relator mantuvo su atención concentrada únicamente sobre los actos del padre, y descuidó por regla los maternos. Encandilado por la extrañeza de aquéllos, nos ha legado por lo común una referencia unilateral. Adquieren por eso gran valor las fuentes donde se habla de las interdicciones y cuidados observados por la madre o por ambos progenitores, como ya lo ha felizmente anotado Lévy-Bruhl (1910, p. 299-301).

c) En lo que concierne a la persistencia de la *couvade* en ciertos países actualmente civilizados, esta cuestión incide por un lado en la definición del grado de tenacidad de la costumbre, que en la litera-

tura antigua figura notable, y por el otro en el orgullo de los pueblos, que se resiste a admitir lo que le resulta hoy denigrante. Esto vale especialmente con respecto a la región pirenaica. Para la vertiente española se ha venido acumulando una copiosa literatura que niega la *couvade*, buscando desmentir la no menos copiosa, más antigua, que la documenta; los franceses en cambio admiten pacíficamente que *faire la couvade* fué en el Béarn una costumbre que se conservó hasta el siglo XIX. Yo no sé realmente qué pensar de muchos vascófilos, los cuales por una parte postulan para el pueblo euskaro nada menos que una antigüedad paleolítica, mientras por la otra rechazan las más características expresiones de antigüedad cultural.

d) La subdivisión predicada por Frazer y sus imitadores en las dos distintas categorías del puerperio masculino y de los *tabú*, que responden a los llamados tipos I y II de Kunike, ha resultado ser un intento clasificatorio perjudicial. Este último escritor, partidario de una invención poligenética —pues distingue tres focos principales: el amazónico, el asiático sudoriental y el europeo sudoccidental— no desconoce los vínculos que unen una u otra categoría, y termina por pronunciarse en favor de una ‘convergencia etnológica’ (1911, p. 559). Separaciones de esa índole sólo pueden proyectar sombras en el panorama mundial de la *couvade*. Tampoco es fiel a la verdad hablar de una *couvade* del Mundo antiguo, distinta de la de Sudamérica, como lo hace —entre otros— Métraux (1949, p. 369-370). Objetivamente, el mapa de M. A. Carlucci registra la existencia de tribus sudamericanas que observan el puerperio masculino. Más significativo es el hecho que *allí donde existe el puerperio del padre, siempre está acompañado por cierto número de prescripciones, ya solamente alimenticias, ya solamente de cautela, ya de ambas especies.*

e) De tales enseñanzas *de facto*, deducimos que la *couvade*, como institución cuya observancia encontramos en tribus de todo el mundo, pero en medida muy desigual de uno a otro continente, sufrió en distintas épocas procesos de difusión y aclimatación que fueron causa de muy variable intensidad en su aceptación y conservación. Va de sí que tampoco podríamos esperar que se conservara inalterado el sentido relativo y subjetivo de los adeptos, en todas las adaptaciones locales, y esto se hace harto evidente en ciertas modalidades morfológicas, no menos que en las ‘explicaciones’ de carácter etiológico que profiere el indígena cuando el blanco lo incita con su inoportuno interrogatorio.



Sobre todo, es de rechazar que la institución de la *couvade* haya sido el fruto de progresiva complicación, considerando así primitivas las formas simples, y recientes en cambio las que ostentan mayor riqueza de prescripciones y ceremonias (el hecho de tirarse en la hamaca sería, según tal teoría, consecuencia de los tabú, etc.). Muy al contrario, distinguimos un grado de conservación integral, con el puerperio y las prescripciones negativas y positivas que conciernen tanto al alimento como a las cautelas, y otros en que se han perdido menor o mayor parte de sus manifestaciones, y por fin un tercer grado que sólo mantiene residuos más o menos reconocibles.

La *couvade* no puede haber tenido *trivial beginnings* —magnífico apotegma del desconocido etnólogo que escribió, sin poner su firma, un viejo artículo de la *E. Britannica* —pues una práctica tan universal constituye la piedra miliar de una determinada época del devenir humano. El cometido de los etnólogos del futuro próximo, más que en lanzar 'explicaciones' al viejo estilo, consiste en dilucidar el modo seguido en su movimiento expansivo, así como la coherencia con los principales elementos ceremoniales y espirituales, y las alternativas de su vida de aclimatación y consecuente modificación en las diversas etnias que la adoptaron.

